

pretaciones del texto, según las reacciones del público en el curso de la misma representación—, existe entre ambos espectáculos una diferencia fundamental. Mientras "Orlando furioso" era una obra férica y la representación tendía a crear un clima de plaza, un teatro tumultuoso, en el que contaban más las imágenes que las palabras, "Candide" es una propuesta de cierta intimidad, en la que resulta fundamental—con toda su ironía originaria—el texto de Voltaire. Si Ariosto quería trasladarse a una realidad mágica, Voltaire suscita en nosotros, a través de la aventura fantástica de Cándido, una respuesta profundamente seria y concreta no sólo—como apuntó el TEI en su versión de la obra de "Cándido", singularmente centrada en la crítica volteriana de la idea de que existe una "armonía universal" que hace de éste "el mejor de los mundos posibles"—de carácter sociológico o político, sino enclavada en ese sentido del tiempo, de la angustia, de la soledad última, que debate el existencialismo...

Así las cosas—y es obvio que no cabe, en unas líneas críticas, penetrar en la interpretación global de "Cándido"—, quizá cabría descubrir en el imaginativo montaje de Chavanon cierta contradicción. Si, de un lado, suponiendo que se trata de la representación de "Cándido" por los aldeanos de Ferney (donde vivía Voltaire), en 1777, la puesta en escena tiende a interpretar el drama como una gran aventura, llena de situaciones fantásticas, el respeto al gran texto volteriano—y ése sí es un acierto claro del grupo: mostrar la vigencia de "Cándido" a través de la profundización en la obra, en lugar de quedarse sólo con algunos de sus elementos—nos hace lamentar no poder seguirlo bien, interrumpida constantemente nuestra reflexión por la "necesidad motriz" de ir, a veces entre los obligados empujones, de un lugar para otro...

En última instancia, este "Candide" del grupo de Lyon, de origen universitario, convertido en el 74 en compañía profesional, con sala propia a partir del próximo enero del 78, ha sido un valioso trabajo—el público "mirando" a unos actores que "representan" una obra que ha "escrito" otro, es, si uno alcanza, y en este tipo de puestas en escena es posible, a recibir separada y simultáneamente los distintos planos, algo terriblemente emocionante—para inaugurar y dar carácter a esta nueva Sala 3 del Centro Cultural de la Villa de Madrid.

■ JOSE MONLEON.

Alcoy 77. Un premio del País Valenciano

El año pasado, el Jurado del Premio Alcoy recomendó a su patrocinador—un industrial que, sin apoyo de entidad alguna, sin arrojarse ante la falta de colaboración de muchos obligados a prestarla, lleva ya siete años convocando y sosteniendo un premio teatral con el nombre de su ciudad—que lo pusiera al servicio de los autores del País Valenciano. Si, durante años, el Premio había cumplido, en el contexto de un teatro fuerte-

han de guardar sus obras en el cajón, ante la imposibilidad absoluta de "comunicarlas", sea en su deseable representación o en la simple comunicación, para los autores valencianos todo ha de resultar infinitamente más difícil. ¿No es, por tanto, evidente que la divulgación de propuestas dramáticas sólidas debe constituir no ya un estímulo para que el escritor siga escribiendo, sino, además, la presencia de un material que evite que ciertas buenas intenciones sean ahogadas por la mediocridad o la carencia de textos?

De las obras presentadas, tres quedaron finalistas. Una, firmada por Antonio Amorós; otra, con plica, y una tercera, que ganó el Premio, por José Luis y Rodolfo Sirera, este últi-



mente censurado, la posibilidad de dirigir la atención hacia determinados textos de interés y de difícil representación, la nueva realidad aconsejaba hacer del Premio un instrumento útil para los autores del País, que es tanto como decir del teatro valenciano.

Es evidente, en todo caso, que debatir y afrontar el conjunto de problemas—a veces, mal enunciados—que tiene hoy planteados el teatro y la cultura del País Valenciano es una compleja tarea pública, inseparable del curso de los acontecimientos políticos, llámense preautonomía, Estatuto de Autonomía, elecciones municipales, etcétera, etcétera.

¿Qué hacer con un modesto premio teatral, subvencionado privadamente, en tales circunstancias? ¿Qué sentido real puede tener hoy ese premio?

Parece que si muchos autores castellanos, a veces de mérito,

mo el autor del "Plany per la mort d'Enric Ribera", que comentábamos la semana pasada. Se titula la obra seleccionada "El capvespre del tropic", y es, aun teniendo su propia unidad dramática, la última parte de una trilogía. La acción se sitúa a finales de siglo—en la época de la guerra de Cuba—y recoge el comportamiento de una serie de fuerzas políticas y económicas de la metrópoli frente a la liquidación colonial. La lejanía en el tiempo no supone ninguna lejanía en el tema. Sin que pueda hablarse de un "distanciamiento" al modo de las parábolas brechtianas, es evidente que el alejamiento confiere al trabajo una posibilidad de desapasionamiento, de análisis y de creación de personajes, que resultan, me parece, enormemente positivos en esta época en que, tantas veces, por puro facilismo, se reclama un "arte de urgencia". Un arte que corre

el peligro, pese a su buena intención, de aburrir a los espectadores o, lo que aún es peor, de halagarlos con ilusiones demagógicas.

"El capvespre del tropic" debe representarse el año próximo, con ocasión de la concesión del nuevo Premio. Los autores y la Asamblea de grupos independientes del País Valenciano decidirán por quién. El patrocinador no hará otra cosa que poner a su disposición la cifra destinada a su montaje, a cambio del compromiso del estreno en Alcoy. Paralelamente, de acuerdo con los Premios Octubre, el texto será editado.

Formaban este año el Jurado Xavier Fábregas, Joaquín Molas, un representante de la Asamblea valenciana del Teatro Independiente, un hombre del teatro alcoyano, el que firma estas líneas y, como presidente, Nuria Espert. Para el año que viene se tiene prevista la inclusión de los hermanos Sirera—o uno de ellos—y de alguna otra personalidad literaria del País Valenciano, tal vez para cubrir ese turno de presidentes que ha iniciado la conocida actriz catalana. Eso y ver de crear unas Jornadas, con encuentros y representaciones, es la aspiración del organizador del Premio, a sabiendas de que, frente a la óptica de las capitales—y, concretamente, de Valencia—, es necesario también articular la que corresponde a las comarcas y a los pueblos.

El Alcoy del 77—que aparejó también la representación de un texto de Toller, adaptado por Formosa, por un grupo de Castellón—es, por su mezcla de humildad y de importancia, una prueba de la desasistencia cultural del País Valenciano, y una demanda de respuestas serias, cada cual en su área, para que el teatro salga de la precariedad en que vive. ■ J. M.

La vuelta de Alfonso Sastre

Prohibida durante varios años, publicada no hace mucho en la revista "Pipirijaina" (1), montada al fin por un grupo independiente—que la ha traído a Madrid después de presentarla en muchas ciudades españolas y de realizar con ella una gira latinoamericana—, "La san-

(1) En TRIUNFO, número 475, apareció un trabajo sobre esta obra de Alfonso Sastre.